

profanosygrafiteros



# Tres estrellas

Paulette Jonguitud

LA FRENTE CONTRA EL CRISTAL DE LA VENTANA, el pelo amarrado en un nudo que se desgarra, a sus pies un bebé dormido en el piso, sobre una manta, más atrás una niña que arma una torre con bloques de madera y la destruye, la arma y la destruye, afuera una ciudad donde no se puede contar ni con el aire, le arde el estómago, le quema la espalda, no sabe si lo que guarda es cansancio o es angustia, el bebé despierta tras dormir cinco minutos y la niña deja los bloques para correr a apretarle a su hermano las manitas, le tiene miedo al ruido, al movimiento, el único lugar en donde se siente tranquila es pegada a la ventana, es bonita esa ventana blanca y de madera, es bonita si se habla de ventanas, es idéntica a las de los vecinos pero es suya, ahí sale el señor de abajo, va de traje y son las siete, entonces debe ya ser sábado, sus hijos hacen ruido, tras de ella, uno gime, el otro parece que se ríe pero ella ya se ha ido, hoy es sábado y ella ya se ha ido con el señor que va allá abajo.

Me detengo al pie de la escalera. Esta noche la gente se arremolina pero me las arreglo para pararme, como cada sábado, justo en mitad de la escalinata. Donde puedo mirar la fachada completa de la sala. Donde puedo contar cada peldaño. Ver los dos huecos oscuros de las puertas. Donde puedo recorrer con los ojos las letras doradas del nombre de la sala, para mí impronunciable: Nezhualcóyotl. Esta noche en el programa: la Novena de Beethoven. La atmósfera es de carnaval. La gente se arremolina en grupos. Yo estoy solo. Los miro conversar. Nezhualcóyotl, leo sin enredarme en cada letra. Mi voz me gusta ahí dentro de la cabeza. Ahí Nezhualcóyotl suena como la lengua de cualquiera. De tratar de pronunciarla en voz alta otra cosa ocurriría. Las palabras en los dientes se fragmentan. Se rompen. Se astillan. Miro a todos conversar y luego subo la escalera.

Entro al vestíbulo forrado en madera acanalada. Subo al bar del *mezzanine* contando los peldaños. Me detengo un momento a mirar las lámparas redondas con sus

tres focos satelitales, únicas líneas curvas en esta parte del edificio. Llego al *mezzanine*. Me siento en una de las mesas y ya sudo. No por la escalada sino por lo que viene. Me preparo para pedir una copa de vino blanco. Siento ya el sudor en las axilas. El pulso acelerado. Me odio mientras se acerca el mesero y la boca se me seca en rebeldía. El mesero ya está aquí. Abro los labios. Sale un gemido que no se convierte en palabra. El mesero espera. La primera letra se rehusa a salir. La pienso muchas veces. La machaco. La remarco. La arrojo hacia afuera. V, v, v, v; se me enreda en la respiración. Finalmente la escupo repetida como si todos los intentos por sacarla resultaran en una emisión distinta de la letra. Como si se me acumularan en la garganta y luego salieran todas juntas. Reproducidas. V-v-vino b-b-blanco. Ya está dicho. Me relajo. Con suerte no tendré que hablar durante el resto de la noche. Pagaré y bajaré la escalinata con la mano en esa pared acanalada. Aquí las paredes, si se tocan, también tartamudean. Me formaré en la puerta número uno. Entregaré mi boleto sonriendo cuando el encargado me diga buenas noches. Bajaré la gradería hasta la fila marcada con la G. Buscaré mi lugar casi en el centro.

Esta noche es la Novena y la gente más que conversar parece que vibrará. A mí me gusta ese murmullo de dientes que no trituran consonantes. Comienza el zum zum de la afinación. Los músicos ya se sientan. Entra luego el coro. Busco a los músicos que ya conozco. A los que les he asignado su palabra. La chelista de los brazos delgados como varas es “arbórea”. El violinista de los lentes blancos es “submarinista”. El chelista de la barba blanca es “aristocrático”.

Suena la segunda llamada. Recorro con los ojos el fondo del escenario que, como todo en esta sala, hasta el nombre, es acanalado. He esperado este inicio muchas veces. Esperaré los silencios en la música con terror a que alguien aplauda. Temo tanto a esos silencios como temo al acercarse de una palabra complicada. Y es que cada sábado vengo a buscar algo más que música. Cuando suena la orquesta ya no tartamudeo. Cuando la orquesta suena hablo muy bajito. Sólo yo puedo escucharme. Hablo muy bajito y pronuncio

sin fallar todas esas palabras que he recolectado durante la semana.

Tercera llamada y el público aumenta su vibrar anticipado. El preludeo de la audiencia nerviosa es tan parte de la Novena como los violines. Ya casi puedo ver los arcos que ondean como hierba en el segundo movimiento. Al director que parece apretar un botón en el aire cuando quiere que suenen percusiones. Los retrasados se acomodan. Incluso los barandales son líneas quebradas. Sé que a partir del tercer movimiento las señoras se abanicarán con el programa de mano y creeré que alguien en el coro se ha dormido. El reflejo de la orquesta se fragmenta en las lunas de cobre que cuelgan sobre ella. Al comenzar el cuarto movimiento los niños que se habían hundido en sus asientos saldrán de sus capullos cuando el director señale al coro que hay que levantarse. La gente se asegura de haber apagado sus teléfonos. Saboreo las palabras que podré pronunciar sin enredarme. Esta semana he elegido: “certidumbre”, “perspectiva”, “magnificencia”, “solsticio”, “regocijo” y “alborozo”. Entra el director. Levanta los brazos. Suena ya el primer violín.

Lloran los dos niños y es entonces que recuerda que hay que preocuparse por el aire que respiran, está atrapada en su ventana y allá abajo y allá afuera y allá lejos ve a las madres con sus hijos caminando y no entiende por qué salen y por qué caminan, no entiende cómo los sacan a la calle a respirar y cómo levantan un pie y luego el otro y van en movimiento, escucha ahora tres ladridos y unas risas y el sol está en el cielo más azul de la semana, ahora tres ladridos y unas risas y deben ser ya las doce del domingo, su hija se sienta junto a ella pero ella ya se ha ido con un perro y una niña.

Vuelan las burbujas sobre el lago. Corremos hasta la orilla. Vuelan las burbujas sobre el lago y éste las refleja. Transparentes. Redondísimas. Grandes y también pequeñas. Vuelan las burbujas y entre risas ella dice el que cree que es mi nombre y es el que me gusta. Huele a salchicha hervida. Huele a algodón de azúcar. Huele a pato mojado. Huele a sudor en su cabeza. Se les olvidó

ponerle el sombrero. Que se lo pongan. Se va a quemar. Vuelan las burbujas que son moradas en la orilla. Son moradas, las burbujas, como las flores que pisamos sobre el pasto. Se ríe conmigo y atrapa una con la boca. Una burbuja se revienta. Vuelan las burbujas y huele a lago y quiero sentir el agua en las orejas y en las patas. Si salto ella se ríe pero no salto porque va a querer seguirme. Es pequeña. Hay muchas, muchísimas cosas que no sabe. Hace poco que camina. No salto. Me quedo junto a ella. Que le pongan el sombrero. Vuelan las burbujas y dos niños golpean el agua con los remos. El bote se mueve en círculos. Ella dice bote y se ríe y quiere brincar al agua. No la dejo. La jalo por las flores del vestido. Vuelan las burbujas y vamos los dos tras la más ágil. Su risa se me escurre en las orejas. Chocamos y la dejo atraparla con la boca. Se cae. No llores. Se cuelga de mi pelo y se levanta. Vuelan las burbujas y cuidado. Hacia nosotros corre un perro. La empujo al piso con las patas y me paro sobre ella. Ya me ve el perro. Se detiene. Le advierto que se vaya. No te asustes. Con la lengua le despinto media mariposa de la cara. Vuelan las burbujas hacia arriba y escuchamos los gritos de la feria y el carrito de un juego que roza sobre un riel. Ella cree que es un helicóptero y mira el cielo. Cierra los ojos. El sol es tan fuerte que no la deja ver. Que le pongan el sombrero. Hay muchas, muchísimas cosas que no sabe. Acaba de aprender a decir mi nombre. Una versión de mi nombre. La que más me gusta. Suenan los gritos de los niños en la feria y se ríe. Hoy es todo lo que hace. Reírse. Correr conmigo. Atrapar burbujas.

Esta ciudad se mira por la ventana, no hay por qué salir cuando todo pasa bajo la ventana, alguna, la que sea, es bonita esta ventana si se habla de ventanas, su hija le ha pintado tres estrellas en el brazo mientras ella andaba ausente, le ha pintado tres estrellas en el brazo

esta soy yo,  
esta eres tú,  
esta es mi hermano,  
es entonces que regresa, hasta que se despinten. 

